

“VUESTRA HERMANDAD QUE ESTÁ EN EL MUNDO” (1 Pe 5, 9)

Apuntes bíblicos para una eclesiología

A los ciento veinte discípulos reunidos el día de Pentecostés, Pedro les dirige la palabra llamándolos “hermanos”: Hch 1,16. Podría pensarse que es una simple fórmula amical, adecuada para iniciar un discurso, o intercalarla en él, como sucede tantas veces en el libro de los Hechos. Pero leemos más atentamente y nos viene la duda de si no será ése el nombre específico para llamar desde la primera hora, a todos aquellos que se decían discípulos de Jesús el Nazareno.

“Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos (tōon adelfōon) –el número de los reunidos era de unos ciento veinte– y les dijo: “*Hermanos...*” (ándres adelfoi)”: Hch 1,15-16.

La palabra “hermanos” no era nada novedosa entre los judíos, pues ese nombre se lo venían dando a sí mismos desde que tenían memoria: Hch 13,15 22,5 28,21. ¿Acaso no eran ellos el pueblo de los doce hermanos?: Hch 7,13. La palabra, sin embargo, desde los orígenes de la historia, desde Abel, desde José, desde Moisés, se había ido cargando de sombras, y evocaba ahora recuerdos tristes, de fratricidio: 1 Jn 3,12, de traición: Hch 7,9-13, de persecución: Hch 7,23-29.

1. El Primogénito entre muchos hermanos

Pentecostés vino a renovar la significación de la palabra y de la realidad fraterna, pues Dios ha suscitado en su pueblo un nuevo Abel, un nuevo José, un nuevo Moisés, el hermano verdadero.

“Moisés efectivamente dijo –argumenta Pedro–: “El Señor Dios les suscitará un profeta como yo *entre vuestros hermanos* (ek tōon adelfōon hymōon). Escúchenlo todo cuanto les diga. Todo el que no escuche a ese profeta será exterminado del pueblo”: Hch 3,22-23 cfr 7,37.

Ese es, sin duda, Jesús, a quien Pablo va a llamar “*el primogénito entre muchos hermanos*”: Rm 8,29. El autor de la carta a los Hebreos será, en ese sentido, mucho más enfático:

“Tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles *hermanos* (adelfoùs) cuando dice: Anunciaré tu nombre *a mis hermanos* (tois adelfoùs mou). . . Porque, ciertamente, no se ocupa de los ángeles sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse en todo *a sus hermanos* (tois adelfoùs), para ser misericordioso y sumo sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo”: Hb 2,11-12.16-17.

El de “hermano” no es un título que la comunidad primitiva haya empleado para designar corrientemente a Cristo, como el de Hijo de Hombre, Hijo de Dios, Salvador, etc., pero la fraternidad de él con los hombres, y, en especial, con los creyentes, era una realidad consciente en la fe de ellos. Los Evangelios nos recuerdan a un Jesús que nos hace entrever la nueva trama fraternal que, desde su venida, se urde entre él y los hombres, como también entre los hombres entre sí.

“Llegan su madre y *sus hermanos* (hoi adelfoi aytoû), y quedándose fuera, le envían llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: “;Oye! tu madre, *tus hermanos y tus hermanas* (hoi adelfoi sou kai adelfai sou) están fuera y te buscan”. El les responde: “¿Quién es mi madre y *mis hermanos* (hoi adelfoi mou)?” Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: “Quien cumple la voluntad de Dios, ése es *mi hermano, mi hermana* (adelfôs mou kai adelfêe) y mi madre”: Mc 3,31-35. Mt 12,46-50. Lc 8,19-21.

Jesús, por tanto, vino a hermanarse con los hombres, y lo logra concretamente con aquellos que cumplen la voluntad de Dios. Recalca, además, su hermandad con aquellos que son los más desventurados:

“Y el rey les dirá: “En verdad les digo que cuanto hicieron a uno *de estos hermanos míos más pequeños* (tôon adelfoon mou tôn elachístoon), a mí me lo hicieron”: Mt 25,40.

Con la designación “*Hermanos míos*” la comunidad primitiva recuerda el trato que Jesús daba a sus discípulos después de su resurrección:

“Vayan, avisen *a mis hermanos* (tois adelfoùs mou) que marchen a Galilea. Allí me verán”: Mt 28,10.

“No me toques que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde *mis hermanos* (prôs tous adelfoùs mou) y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”: Jn 20,17

Una vez más viene a cuenta aquí el texto de 1 Co 15, en el que se escucha el eco de la profesión de fe original de la Iglesia madre de Jerusalén en la resurrección de Jesús, y, consecuentemente en la hermandad que de allí se deriva:

“... que se apareció a Cefas y luego a los Doce. Después se apareció *a más de quinientos hermanos a la vez* (epánoo pentakosiois adelfoís efápax), de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron.

2. *Ustedes son todos hermanos*

El “hermanamiento” de Jesús con los hombres tiene la contraréplica en la moral que de allí se desprende necesariamente, a saber: los hombres, a su vez, han de hermanarse con él y entre sí.

No es el caso estudiar aquí atentamente las raíces de esta nueva moral que Jesús vino a instaurar, que bien podríamos llamar “moral fraternal”, en la que “el otro” y no “el ego” tiene la primacía. Deberíamos, en ese caso, estudiar al menos todo lo que Jesús nos enseñó de Dios como Padre y de nuestra actitud filial hacia él. Nos baste aquí, empero, aludir solamente a los pasajes evangélicos que se refieren expresamente a la fraternidad, los cuales, prácticamente, se reducen a decir: “perdona de corazón”, “correge con piedad”.

“Yo les digo: Todo aquel que se encolerice *contra su hermano* (tôo adelfôo autoû) será reo ante el tribunal, pero el que llame *a su hermano* (tôo adelfôo autoû) “imbécil”, será reo del sanedrín, y el que lo llame “renegado” será reo de la gehenna de fuego. Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo (ho adelfós sou) tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte *con tu hermano* (tôo adelfôo sou), luego vuelves y presentas tu ofrenda”: Mt 5,22-24.

“¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo *de tu hermano* (tôo adelfôo sou), y no reparas en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir *a tu hermano* (tôo adelfôo sou): “Deja que te saque la brizna de tu ojo, teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo *de tu hermano* (toû adelfoû sou)”: Mt 7,1-5. Lc 6,41-42.

“Si tu hermano (ho adelfós sou) llega a pecar, vete y repréndele, a solas con él. Si te escucha, habrás ganado a *tu hermano* (tòn adelfón sou). Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si los desoye, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano”: Mt 18,15-17. Lc 17,3.

“Pedro se acercó entonces y le dijo: “Señor ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga *mi hermano* (ho adelfós mou)? ¿Hasta siete veces?” Dícele Jesús: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”: Mt 18,21-22. Lc 17,4.

“Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía. Eso mismo hará con ustedes mi Padre celestial, si no perdonan de corazón cada uno *a su hermano* (tôo adelfôo autoû)”: Mt 18,34-35.

“El le dijo: “Ha vuelto *tu hermano* (ho adelfós sou) y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano. El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba... Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque *este hermano tuyo* (ho adelfós sou hoùtos) estaba muerto, y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado”: Lc 15,27-28, 31-32.

El oído judío podía entender todo esto que decía Jesús en un sentido limitado, restringido al clan familiar, al propio pueblo, o cuanto más a los que vivían en él. En cambio cuando Jesús dice “tu hermano”, comúnmente está pensando en todo hombre. “Todo hombre es mi hermano”:

“Porque si aman a los que los aman ¿qué recompensa van a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludan más que *a sus hermanos* (toùs adelfoùs hymòon mónon) ¿qué hacen de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Ustedes pues, sean perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”. Mt 5,46-48 cfr. Lc 14,12-14.

La moral fraternal de Jesús, de alcance universal, tiene un eco especial dentro de la comunidad de los discípulos. Ella no es sólo la última instancia para corregir y salvar al hermano: Mt 18,15-17. Ella es, sobre todo, la nueva hermandad que el creyente ha encontrado y para lo cual, a ejemplo de Jesús: Mc 3,31-35, tiene que hacer a menos, si es preciso, la hermandad según la carne:

“Yo les aseguro: nadie que haya dejado casa, *hermanos, hermanas* (èe adelfoùs èe adelfàs), madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, *hermanos, hermanas* (kai adelfoùs kai adelfàs), madre, hijos y hacienda, con persecuciones. Y en el mundo venidero, vida eterna”: Mc 10,29-30. Mt 19,29. Lc 18,29-30.

“Caminaba con él mucha gente, y volviéndose les dijo: “Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, *a sus hermanos, a sus hermanas* (kai toùs adelfoùs kai tàs adelfàs) y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo”: Lc 14,25-26.

Postpuestas todas las cosas, aun las más queridas, para abrazar esta fraternidad, en la que se proclama el común origen de un solo Padre y campea Jesucristo como único Jefe, no tiene sentido organizarla enfatizando lo que cada uno es dentro de ella, es decir los derechos, sino más bien el servicio, es decir los deberes:

“Ustedes, en cambio, no se dejen llamar “Rabbí”, porque uno solo es vuestro Maestro, y *ustedes son todos hermanos* (pántes dè hymeís adelfoí este). Ni llamen a nadie “Padre” vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco se dejen llamar “Directores”, porque uno solo es vuestro Director: el Cristo. El mayor entre ustedes será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado, y el que se humilla será ensalzado”: Mt 23,8-12.

El mismo poder en la Iglesia, aun cuando se lo deba emplear para corregir: Mt 18,15-18, es, evidentemente, un poder dado por Jesús para salvar a los hermanos:

“;Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribarlos como el trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos (toùs adelfoús sou)”: Lc 22,31-32.

3. La hermandad en el mundo

Sobre estos presupuestos de la enseñanza y frases de Jesús, se fue haciendo cada vez más clara, a partir de Pentecostés, la realidad que con él había aparecido en el mundo: la hermandad cristiana. Las comunidades de creyentes son designadas, con harta frecuencia, con el nombre de “los hermanos”, dicho sobre todo en sentido grupal, o apuntando a veces sólo a algunos de sus miembros. Así, en el libro de Los Hechos, vemos desfilar a “los hermanos” de Jerusalén: Hch 1,15-16; 6,3; 9,30; 12,17; 15,7.13; 21,7, de Jope: 10,23; 11,12; de Judea: 11,1.20, de Samaria y Fenicia: 15,3, de Tolemaida: 21,7, de Antioquía de Siria: 15,1.32.33.40, de Panfilia, Pisidia y Licaonia: 15,36, de Listra e Iconio: 16,2, de Filipos: 16,40, de Tesalónica: 17,6.10.14, de Corinto: 18,18, de Efeso: 18,27, de Pozzuoli: 28,14, de Roma: 28,15. A este desfile de hermandades, podemos agregar el que surge de las cartas de S. Pablo. A saber: “los hermanos” de Macedonia: 1 Ts 4,10; 2 Co 11,9, de Tesalónica: 1 Ts 5,26-27, de Asia: Ga 1,1 1 Co 16,20; Flp 1,14;4,21; Ef 6,23, de Laodicea: Col 4,15, de Roma: Rm 16,14; 2 Tm 4,21.

Estas comunidades no son sectas. No reina entre sus miembros una fuerza centrípeta exclusivista: hermanos con los de adentro, enemigos con los de afuera. Cada uno de estos grupos tiende a cobijarse a sí mismo, a fortalecerse, cuidando de cada miembro y de la integridad del conjunto. Pero a la vez, pulsa por trascenderse a sí mismo, comunicándose con los otros grupos y donándose a ellos. Es lo que Pedro llamó “hermandad” —adelfótees—, o más precisamente “la hermandad en el mundo”: adelfótees en tōo kōsmoo. Faltos todavía del concepto de “católica” con que San Ignacio de Antioquía bautizará a la Iglesia, éste pareciera uno de los más felices en todo el NT para significar la doble dimensión de localidad y universalidad, de interioridad y de misión que marca a la Iglesia desde sus orígenes.

“Honren a todos, amen a los hermanos (tèen adelfóteeta), teman a Dios, honren al rey”: 1 Pe 2,17.

“Resistanle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo (tèen en tōo kōsmoo hymōon adelfóteeta) soportan los mismos sufrimientos”: 1 Pe 5,9.

No es difícil percibir, en Los Hechos, el calor propio de la hermandad cristiana al interior de la misma, a través de circunstancias varias que jalonan una vida casi doméstica, en las que “los hermanos” son no espectadores sino protagonistas principales. Por ejemplo, la oración comunitaria en la antevíspera de Pentecostés y la solidaridad en solucionar la situación desgraciada por la traición de Judas: Hch 1,15-16, la presencia activa en la designación de los siete varones: 6,3, la reticencia y posterior recepción dispensada a Saulo y la premura por su integridad física: 9,17.30, la unanimidad en torno a Santiago en momentos de persecución: 12,17, el desconcierto sufrido a causa de disputas promovidas por elementos de mala fe: 15,1, la gratitud hacia los ministros que les trajeron paz: 15,32.33 el testimonio en favor de Timoteo que será compañero de Pablo: 16,2, los sufrimientos sufridos por la fe: 17,6, la solicitud por salvar la vida a Pablo: 17,10.14, el apoyo prestado a Apolo: 18,27.

Además de los sentimientos y actitudes propios de la interioridad de una hermandad, podemos percibir otros que reflejan la apertura hacia otras hermandades y la solicitud para con ellas, o, en general, la actitud hacia los demás hombres en cuanto también ellos llamados a integrar “la hermandad en el mundo”. Así, los hermanos que acompañan a Pedro en la admisión de los gentiles en la Iglesia: 10,23 11.12, a los que se inquietan por lo mismo: 11,1-3, la iniciativa de caridad para enviar recursos a los hermanos necesitados de Jerusalén: 11,29, la alegría de los hermanos de Fenicia y Samaria por la obra apostólica entre los gentiles: 15,3, la carta de consuelo a los hermanos de Siria y Cilicia: 15,23, la organización de la expedición misionera para visitar las hermandades recién nacidas: 15,36, la visita a los hermanos de Tolemaida y de Jerusalén: 21,7.17, el encuentro con los hermanos de Pozzuoli y de Roma: 28,14.15.

4. El hermano, por quien Cristo murió

Al cuadro anterior, Pablo añade trazos importantes. La palabra “hermanos” se le escapa continuamente de su pluma. Los interpela así en sus cartas más de setenta veces. “Hermanos queridos de Dios...”, “Los conjuro, hermanos...”, “No queremos que lo ignoren, hermanos...”, “Hermanos míos, queridos y añorados...”, “Hermano, hazme este favor...”, “Los exhorto, hermanos...”.

Si entresacamos los versículos donde expresamente los llama así, resulta una especie de film documental de la hermandad cristiana en la época apostólica, incompleto y artificial, por cierto, pero no menos real.

De los tesalónicos sabemos que la vocación a la hermandad cristiana: 1 Ts 1,4; 2 Ts 2,13, fue obra de la fecunda misión del apóstol

tol: 1 Ts 2,1, el cual, brindándose como un padre y como una madre, trabajaba día y noche para no serles gravoso: 2,9. La respuesta de los hermanos a la vocación sigue creciendo en fe, esperanza y amor: 2 Ts 1,13, y ha sufrido ya la prueba de la persecución por parte de sus conciudadanos: 1 Ts 2,14. Pablo está ansioso de volver a verlos: 2,17, pero entre tanto debe contentarse con las noticias que de ellos le trae Timoteo: 3,7. Los hermanos, en su vida ordinaria, han de vivir de manera conveniente, siguiendo el ejemplo del apóstol: 4,1. En particular han de ser respetuosos de la mujer ajena: 4,6, y han de esforzarse en el amor a todos los hermanos: 4,10. No deben perturbarse porque haya hermanos que mueran antes de que el Señor vuelva: 4,13, ni han de perderse en especulaciones sobre su vuelta: 5,1.4; 2 Ts 2,1. Deben ser considerados con los que trabajan apostólicamente entre ellos y los presiden en el Señor: 5,12. Si un hermano vive en contra de la tradición: 2 Ts 2,15, han de amonestarlo: 1 Ts 5,14, apartándose, incluso, de él: 2 Ts 3,6, para su conversión, tratándolo siempre como a hermano: 3,15. Que los hermanos no se cansen de hacer el bien: 3,13, ni se olviden de orar por él: 1 Ts 5,25; 2 Ts 3,1. Que cuando se reúnan se expresen la fraternidad con un beso santo: 1 Ts 5,26, y lean todos juntos la carta recibida: 5,27.

Escribiendo a las iglesias de Galacia, todos los hermanos de Asia se asocian a Pablo para saludarlos: Ga 1,2. Se les recuerda en esa carta el Evangelio de Jesucristo: 1,11, en quien Dios ha cumplido el testamento prometido a Abrahám: 3,15. Porque creen en Jesucristo y no por cumplir las obras de la ley de Moisés, los hermanos son partícipes de la promesa: 4,28, y ya no son hijos de Agar, la esclava, sino de Sara, la libre: 4,31. Si así no fuere ¿a qué soportar persecución?: 5,11. Llamados a la libertad, los hermanos no deben tomar pretexto de ella para vivir según el propio antojo, antes bien han de servirse mutuamente por amor: 5,13. Cuando un hermano incurra en falta, los otros han de corregirlo con mansedumbre: 6,1, de manera que el Señor siempre esté con ellos: 6,18.

La carta a los Corintios es casi un álbum de fotos instantáneas que nos introduce muy adentro en la vida de esa hermandad. Los hermanos deben superar sus divisiones: 1 Co 1,11, y tener todos un mismo sentir: 1,10, siendo fieles al llamado a la fe: 1,26, que les llegó por la predicación de la cruz de Jesucristo: 2,1. Vivir en la división es reincidir en la puerilidad espiritual: 3,1, y es tonto que haya divisiones tomando partido por Pablo o por Apolo, cuando éstos más bien son ejemplos de medida y unidad: 4,6. Si un hermano es impuro, avaro, idólatra, ultrajador, borracho o ladrón, a ése hay que separarlo para su conversión: 5,11. Es lamentable que entre hermanos haya pleitos y se recurra para zanjarlos al tribunal civil: 6,5.6.8. En el caso que un hermano esté casado con una mujer gentil, si ésta consiente en vivir con él, que no la despi-

da pues ella queda santificada en él: 7,12.14. Pero si no hay acuerdo, el hermano o hermana creyente no están ligados: 7,15. Cada hermano aprecie el estado en que fue llamado a la fe, incluso el que fue llamado siendo esclavo: 7,24, pues el tiempo es corto: 7,29. Que los conocimientos teológicos o los propios derechos no sean esgrimidos en contra del hermano débil, por quien Cristo murió. ¡Antes renunciar a mis derechos que mortificar a mi hermano menos instruido: 8,11.12.13. Pues no son los conocimientos teológicos, ni siquiera la misma pertenencia a la Iglesia, la garantía de la salvación, sino las obras del amor: 10,1. La celebración de la Santa Cena ha de ser una ocasión especialísima para demostrar el amor fraterno aguardándose unos a otros: 11,33, y el momento adecuado para hacer la colecta para los pobres de Jerusalén: 2 Co 8,23; 9,3.5, a imitación de los que hicieron los hermanos de Macedonia: 2 Co 8,1; 11,19. En sus reuniones, los hermanos han de saber utilizar los dones espirituales dados por el Espíritu para el servicio mutuo: 1Co 12,1, jerarquizándolos debidamente y ejercitándolos sin prepotencia infantil: 14,20, dando el turno a cada uno para un salmo, una instrucción, una revelación, un discurso en lengua, una interpretación: 14,26, apreciando sobre todo el don de profecía: 14,39, subordinado a él, sin despreciarlo, el don de lenguas: 14,6.39. La obediencia a Estéfanos y a los otros miembros de su familia, como también a todos aquellos que trabajan por la Iglesia de Corinto: 16,15-16 será la garantía para que todo proceda en orden y unidad. Afirmados en el Evangelio recibido: 15,1, por el que Pablo se expone continuamente a la muerte: 15,31; 2 Co 1,8, los hermanos de Corinto, viviendo según el Espíritu y no según la carne: 15,50, podrán progresar en la obra del Señor, conscientes que el trabajo que realizan no es vano: 15,58. Tienen sobrados motivos para vivir alegres, animosos, con un mismo sentir, en paz, pues el Dios de la paz y del amor está con ellos: 2 Co 13,11.

En Filipos hay una hermandad que es la debilidad del corazón de Pablo: “hermanos míos queridos y añorados, mi gozo y mi corona...”: Flp 4,1. Les informa de su encarcelamiento: 1,12, y de cómo los hermanos de Asia —quienes les mandan muchos saludos: 4,21—, en vez de descorazonarse por ello, se animaron más y anuncian sin temor la Palabra: 1,14. En el apóstol, los filipenses tienen un ejemplo viviente para imitar: 3,17, el cual a su vez se esfuerza cada día por alcanzar más hondamente a Jesucristo: 3,13. Todo cuanto haya de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, eso ha de ser norma de conducta para los filipenses: 4,8 y podrán vivir así en rebosante alegría: 3,1.

Por su parte, la carta a Filemón es, en verdad, toda ella una carta a un hermano en la fe, cuyos trabajos en favor de los santos se recuerda con gusto: v.7, a quien se le puede pedir: v.20 —casi mandar— el favor de recibir a Onésimo, el esclavo que se escapó

de su amo, “no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido”: v. 16.

Los romanos son hermanos que Pablo no conoce, y, sin embargo, tan unido se siente a ellos. ¡Cuántas veces se propuso ir a visitarlos, sin haber podido todavía realizar ese deseo!: Rm 1,13. Reflexiona con ellos en alta voz cómo por la muerte de Jesucristo han sido liberados de la ley mosaica y han pasado a pertenecer a otro, al resucitado: 7,14. No tiene sentido, por tanto, vivir según las apetencias de los sentidos: 8,12. Les confiesa que le duele en el alma que los judíos —“mis hermanos, los de mi raza según la carne” (hypèr tôn adelfôon mou tôn syggenôon mou katà sárka): 9,3— no hayan aceptado a Jesucristo, pero ora para que crean: 10,1, y está cierto que Israel será salvo: 11,25. Toda la existencia de un cristiano ha de ser cual una liturgia viviente: 12,1, y no han de olvidar de orar por él: 15,30. Evítese el juzgar o despreciar al hermano: 14,10, y el ponerle tropiezo o motivo de escándalo: 14,13.21. Pablo aquí es taxativo, como lo había sido antes con los corintios: 1 Co 8,13. No hay derecho propio, por sólido que sea, que prevalezca sobre el bien del hermano: “si por un alimento tu hermano se entristece, tú no procedes según la caridad. Que por tu comida no destruyas a aquél por quien murió Cristo”: Rm 14,15. Los hermanos deben amonestarse mutuamente: 15,14, y han de guardarse de los que suscitan divisiones y escándalos contra la doctrina recibida: 16,17.

La carta a los Colosenses, “los hermanos fieles en Cristo”: Col 1,2, nos hace conocer la existencia de los “hermanos de Laodicea”: 4,15, tal vez los mismos a quienes en la carta a los Efesios les desea “paz y caridad con fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo”: Ef 6,23.

Timoteo, que tantas veces en las cartas aparece mencionado como el “hermano”, recibe una carta inculcando cuanto ha de enseñar a los hermanos: 1 Tm 4,1, incluso a los esclavos, los cuales no han de abusar de su situación frente a los amos creyentes: 6,2.

La carta a los Hebreos, escrita como una exhortación: Hb 13,22, aporta algunos rasgos más. Los hermanos, santos, partícipes de una vocación celestial: 3,1, pueden sufrir la tentación de la incredulidad: 3,12. Y, de hecho, algunos inciden en ella. Pero los hermanos pueden tener la plena seguridad de que alcanzarán la meta en virtud de la sangre de Jesús: 10,19.

Entre los numerosísimos textos en los cuales San Pablo alude o trabaja la noción de “hermanos”, algunos merecen ser especialmente destacados por su peculiar connotación eclesiológica y moral, como se verá luego.

“Porque, hermanos, han sido llamados a la libertad. Sólo que no tomen de esa libertad pretexto para la carne, antes al contrario, sírvanse por

amor los unos a los otros”. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si se muerden y devoran mutuamente, ¡miren no vayan mutuamente a destruirse!”: Ga 5,13-15.

“Respecto a lo innolado a los ídolos, es cosa sabida, pues todos tenemos ciencia. Pero la ciencia hincha, el amor en cambio edifica. Si alguien cree conocer algo, aún no lo conoce como se debe conocer. Mas si uno ama a Dios, ése es conocido por él. Ahora bien, respecto del comer lo sacrificado a los ídolos, sabemos que el ídolo no es nada en el mundo y no hay más que un único Dios. Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo, bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos. Y solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros. Mas no todos tienen este conocimiento. Pues algunos, acostumbrados hasta ahora al ídolo, comen la carne como sacrificada a los ídolos, y su conciencia, que es débil, se mancha. No es ciertamente la comida lo que nos acercará a Dios. Ni somos menos porque no comamos, ni somos más porque comamos. Pero tengan cuidado que ésta, vuestra libertad no sirva de tropiezo a los débiles. En efecto, si alguien te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un templo de ídolos, ¿no se creará autorizado por su conciencia, que es débil, a comer lo sacrificado a los ídolos? Y por tu conocimiento se pierde el débil: *¡el hermano por quien Cristo murió!* (ho adelfòs di’ hòn Christòs apéthanen). Y pecando así *contra vuestros hermanos* (eis tous adelfòus), hiriendo su conciencia, que es débil, pecan contra Cristo. Por tanto, si un alimento causa escándalo *a mi hermano* (tòn adelfón mou), nunca comeré carne para no dar escándalo *a mi hermano* (tòn adelfón mou)” : 1 Co 8, 1-13; Rm 14,1-23.

5. La hermandad como criterio eclesiológico

Miremos más de cerca a estas hermandades de Los Hechos y de Pablo, y las que podemos entrever indirectamente, a través de los Sinópticos. A uno le viene de preguntarse cuál es su estructura interior. O sea, cuál es su ser íntimo, su naturaleza, aquello que las define como comunidad cristiana. Y para responder se nos agolpan categorías que se han utilizado en especial en los últimos cien años hasta nuestros días. ¿Son iglesias monárquicas o democráticas? ¿Son iglesias primitivas (Urgemeinde) o “frühkatholicas” (Frühkatholizismus)? ¿Son iglesias piramidales o comunidades de base? ¿Son iglesias según el sistema o iglesias populares? ¿Son una institución mundial o una red universal de comunidades?

Sin negar el valor que puedan tener algunas de estas categorías para discernir la autenticidad de una iglesia, del NT o de nuestros días, sin embargo, estas alternativas conceptuales están marcadas profundamente por las ciencias de las cuales proceden: la política, la historia, la sociología, cuando no por las ideologías a las cuales éstas sirven. Y, por lo mismo, son insuficientes para expresar de manera adecuada el ser de la Iglesia. Aquí estriba el drama de tan-

ta eclesiología moderna que, partiendo unilateralmente desde categorías profanas aún no bautizadas, es decir, no purificadas de aquellos elementos que les impiden expresar convenientemente las realidades de la fe —o, si se prefiere, olvidadas las reglas elementales de la analogía—, pretenden explicar lo que las iglesias y la Iglesia son.

¿Por qué no decir más fácilmente —y más teológicamente— que son “comunidades fraternales orgánicas”? Comunidades donde cada miembro tiene un mismo sello, que lo identifica como proveniente de un igual origen y lo capacita para promover, de manera orgánica, un fin común. Origen y fin que, por su parte, son trascendentes a cada uno de los integrantes y al mismo conjunto social. Origen que se llama “paternidad divina”. Fin que, a su vez, puede muy bien llamarse “filiación adoptiva”, o también “hermandad cristiana, como aquí lo hacemos, según se mire a la relación, de todos al común origen, el Padre, o a la que surge entre los hijos: los hermanos.

Volviendo al texto bíblico, no se advierte en Los Hechos contradicción ninguna entre el cargo apostólico de los Doce o el de Pedro y los hermanos: Hch 1,15.16; 6,3 y si alguna tensión hay entre ellos, es para fortalecer la hermandad y no para fracturarla: 11, 1-3. Santiago no es un monarca que reine sobre vasallos, ni éstos una democracia que lo haya elegido como su mero representante: 12,17; 15,13; 21,17-18. Barsabás y Silas, “dirigentes entre los hermanos” (ándras heegouménous en toís adelfoís): 15,22, están al servicio de ellos: 15,32. Apóstoles —o cualquiera sea el cargo— y hermanos se reconocen entre sí como tales, y saben que todo lo que son les viene de lo alto: St 1,16-17. No tienen empujo en llamarse todos “hermanos”. Los Doce son “hermanos”: Hch 2,37. Los presbíteros que los acompañan son “hermanos”: 15,23. Saulo es “hermano”: 9,17; 21,20; 22,13. Bernabé y Pablo también lo son: 14,2. Tampoco tienen ningún complejo, ni los unos ni los otros, de cuidar de la perfección del “apostolado” de los Doce (apostolée): 1,16-17, o de participar a otros el ministerio (diakonía): 6,2.3. Ningún complejo tampoco en decidir sobre lo que es conveniente para los hermanos en nombre del Espíritu Santo: 15,23.28.

La dimensión fraternal de las iglesias de Jerusalén, de Judea y del ámbito arameo en general, tan acentuada, según puede entreverse en la primera parte del libro de Los Hechos, e indirectamente a través de los Sinópticos, no es menor en las iglesias de Pablo. Tampoco en ellas se advierten contradicciones que reduzcan la hermandad a una sola dimensión. Para Pablo no hay contradicción entre el beso santo fraterno: 1 Ts 5,26 y la obediencia a los que trabajan apostólicamente entre los tesalónicos: 5,12. Ni se contradice el criterio fundamental para medir la validez de todo en la Iglesia, a saber, “el hermano”: 1 Co 8,11, con la jerarquía

de los carismas y ministerios para la construcción de la misma, en los cuales hay primero, segundo, tercero, etc.: 12,1. Tampoco se contradicen la libertad a la cual fueron llamados todos los hermanos, con la esclavitud o servicio a ellos por amor, que cada uno debe elegir libremente: Ga 5,13. Esta contradicción tampoco existe en las cartas llamadas deuteropaulinas, ni en la carta a los Hebreos. El que Cristo no se avergüence de llamarlos hermanos: Hb 2,11, no impide al escritor de dirigirles a éstos una exhortación por momentos severa: 13,22.

No cabe duda que “la fraternidad”, tal cual surge del NT, se revela como un criterio fundamental para discernir una auténtica iglesia. Hay, por cierto, matices que diferencian a las fraternidades de Pablo de las de Mateo, a las griegas de las arameas. Pero todas son “fraternidades”. Les basta mirarse a los ojos para reconocerse como hijas de un mismo Padre y hermanas menores del Primogénito: Rm 8,29. En circunstancias diversas, Pablo y Mateo enunciaron el mismo principio eclesiológico fundamental: “el hermano”:

“... el hermano, por quien Cristo murió”: 1 Co 8,11.12 Rm 14.10.13.15.
21. “Uno solo es vuestro Maestro y ustedes son todos hermanos”: Mt 23,8.

6. *La hermandad, criterio de moralidad*

Hemos advertido, desde el comienzo, cómo con la predicación de Jesús se introduce un principio nuevo para orientar y medir la conducta de un hombre, o sea un principio de moralidad. A saber, “el hermano”. Gracias a lo cual “el otro” y no “el ego” tiene la primacía.

Este principio tan presente en los Sinópticos, en especial en Mateo, no está menos presente en Pablo. Pronuncia, con frecuencia, la palabra “hermanos”, y tiene así un trampolín para pasar luego a una exhortación, a un ruego, en orden a alentar o enderezar la conducta de ellos. Pero no es sólo un empleo circunstancial o táctico. “Hermano” para Pablo es, como en Mateo, un principio fundamental de conducta personal. ¿Cómo discernir lo que está bien o lo que está mal? Lo que hace bien o lo que le hace mal al hermano, eso es lo bueno o lo malo, en concreto.

Es claro que yo tengo el derecho de llevar al hermano ante el tribunal civil, y está bien. Pero es el colmo de la negación de lo que soy como cristiano. Juzgaremos a los ángeles ¿y no sabemos dictaminar en una pendencia entre hermanos?: 1 Co 6,1-8. Es claro, también, que tengo el derecho a comer carne inmolada a los ídolos. Porque éstos no existen. Y si no existen, ningún rito las puede manchar. Pero es gravísimo pecado usar de mi ciencia teológica o de mis legítimos derechos escandalizando a mi hermano, por quien Cristo murió: 1 Co 8,1-13; Rm 14,13-21.

Es evidente que la moral de Pablo apunta más alto que la de los filósofos. Como la de Jesús apuntaba más alto que la de los fariseos. Lo que en un orden está bien, eso mismo en un orden más alto está mal.

Pero si de moral se trata, Santiago y Juan hacen aportes capitales. Reduciéndonos a los versículos en los cuales Santiago alude expresamente a los hermanos, encontramos los siguientes tópicos morales. Las pruebas que los hermanos han de sufrir con gozo: St 1,2 y paciencia: 5,7, ejercitándola también con los hermanos: 5,11. La confianza en la providencia de Dios: 1,16. El dominio de la lengua: 1,19; 3,10,12, pues hablar mal del hermano es hablar mal de la Ley: 4,11. No jurar: 5,12.

Como en los Evangelios y como en Pablo, la corrección fraterna ocupa en Santiago un lugar destacado: 5,19; 4,11. Pero las dimensiones de la hermandad que más subraya son: la igualdad esencial de todos los hermanos y la efectividad de esa igualdad mediante la comunicación de los bienes materiales. ¿Quién más grande: el hermano rico o el hermano pobre? La pregunta le hubiese parecido absurda a Santiago, porque para él es evidente la paradoja del Evangelio. Por supuesto que el hermano más pobre es más grande, hubiese respondido. Que el hermano pobre se contente, por tanto, con su pobreza, hubiese argüido el hermano rico. No, hubiese retrucado Santiago. Sino, precisamente porque el hermano pobre es más grande que tú, tienes que servirlo con tus bienes materiales, a fin de que tú participes de su hermandad más grande.

“El hermano de condición humilde (ho adelfòs ho tapeinòs) gloríese en su exaltación, y el rico en su humillación, porque pasará como flor de hierba”: St 1,9.

“Hermanos míos (adelfoí mou), no entre la acepción de personas en la fe que tienen en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido, y entra también un pobre con un vestido sucio. Y que dirigen ustedes la mirada al que lleva el vestido espléndido y le dicen: “Tú siéntate aquí, en un buen lugar”. Y en cambio al pobre le dicen: “Tú, quédate ahí de pie” o “Siéntate a mis pies”. ¿No sería esto hacer distinciones entre ustedes y ser jueces con criterios malos? Escuchen, hermanos míos queridos (adelfoí mou agapeetoí): ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¿En cambio ustedes han despreciado al pobre! ¿No son acaso los ricos los que los oprimen a ustedes y los arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre ustedes? Si cumplen plenamente la Ley regia según la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, obran bien. Pero si tienen acepción de personas, cometen pecado y quedan convictos de transgresión por la Ley”: St 2,1-9.

“¿De qué sirve, *hermanos míos* (adelfoí mou), que alguien diga: “Tengo fe”, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si *un hermano o una hermana* (adelfòs èe adelfêe) están desnudos y carecen de sustento diario, y alguno de ustedes le dice: “Vayan en paz, caliéntense y hártense”, pero no le dan lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta”: St 2,14-17.

Juan, también él menciona a los hermanos en la fe. Llama así a los discípulos de Jesús después de la resurrección: Jn 21,23, y a los miembros de las comunidades de Asia: 3 Jn 3.5.10, muchos de los cuales sufren persecución: Ap 6,11; 12,10. Se llama también con ese nombre a sí mismo: Ap 1,9, igualándose con los demás hermanos: 19,10; 22,9. Ni olvida, como en los anteriores escritos del NT, de ponderar la corrección fraterna: 1 Jn 5,16.

Pero en Juan la categoría “hermanos” adquiere un acento nuevo. Concentra en él toda la centralidad que “el hermano” obtiene como criterio de moralidad en Mateo y en Pablo. E igualmente toda la igualdad y efectividad que le otorga Santiago. Además de todo esto, Juan universaliza el concepto. En él se hace evidente, de manera singular, la enseñanza de Jesús sobre “el hombre hermano mío”: “uno de estos hermanos míos más pequeños”: Mt 25, 40.

“Quien dice que está en la luz y aborrece *al hermano* (tòn adelfòn aytoù), está aún en tinieblas. Quien ama *a su hermano* (tòn adelfòn autoù) permanece en la luz y no tropieza. Pero, quien aborrece *a su hermano* (tòn adelfòn aytoù) está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos”: 1 Jn 2,9-11.

“En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que obra la injusticia no es de Dios, ni tampoco el que no ama *a su hermano* (tòn adelfòn aytoù). Pues éste es el mensaje que han oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que, siendo del Maligno, mató a su hermano (tòn adelfòn aytoù). Y ¿por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, mientras que las de *su hermano* (toù adelfoú aytoù) eran justas. No se extrañen, *hermanos* (adelfoí), si el mundo los aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos *a los hermanos* (toùs adelfoús). Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece *a su hermano* (tòs adelfòn aytoù) es un asesino, y saben que ningún asesino tiene vida permanente en él. En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida *por los hermanos* (hypèr tòn adelfòon). Si alguno que posee bienes de la tierra, ve *a su hermano* (tòn adelfòn aytoù) padecer necesidad y le cierra el corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?: 1 Jn 3,10-17.

“Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece *a su hermano* (tòn adelfòn aytoù), es un mentiroso. Pues quien no ama *a su hermano* (tòn adelfòn aytoù), a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también *a su hermano* (tòn adelfòn aytoù): 1 Jn 4,20-21.